



La creación de una nueva dirigencia boliviana

FERNANDO CAMPERO P., GONZALO MENDIETA R. Y FERNANDO MOLINA*

NOTA PREVIA

Por convenir a sus propósitos, este documento divide a la economía y la población boliviana en dos partes: a una la denomina el “veinte por ciento” y a la otra, el “ochenta por ciento”. Estos porcentajes no son datos estadísticos ni pretenden más que un efecto ilustrativo; son metáforas con las que se pretende graficar la división de la sociedad a causa de una dramática diferencia de acceso y medios de vida, y las disparidades, incluso culturales, que ésta provoca.

Cuando aparece el término “élite” se habla, generalmente, de quienes controlan los recursos y las oportunidades del “veinte por ciento” de la economía, estén o no en el poder político, o, cuando el texto lo menciona explícitamente, de quienes forman la capa más alta del “ochenta por ciento” restante (“élite emergente”). En ningún caso usamos “élite” para referirnos a las cúpulas y dirigencias puramente políticas.

* LOS AUTORES RECONOCEN Y AGRADECEN LAS CONTRIBUCIONES A ESTE TEXTO DE JOSÉ ANTONIO QUIROGA TRIGO. LA RESPONSABILIDAD, SIN EMBARGO, ES SOLAMENTE DE QUIENES FIRMAN.

La sociedad extractivista

1. Por razones históricas, Bolivia nació con un territorio desconectado del exterior (carecía de una salida al mar practicable, lo que se complicó con la Guerra del Pacífico) y desarticulado internamente (no cuenta con una vía marítima u orográfica que comunique a sus tres regiones geográficas: la montañosa, la amazónica y la platense). Por otra parte, se trata de un territorio sin vocación agrícola, excepto en ciertas zonas de Santa Cruz. Las pocas tierras occidentales que era posible explotar intensivamente quedaron inutilizadas por la erosión desde antes de 1825 o luego, por la sobreexplotación, mientras que las tierras orientales estaban y siguen cubiertas de bosques. Como resultado de esto, el país ha vivido siempre en su mayor parte de la extracción de recursos naturales no renovables.

2. Esta actividad nunca equivalió más que al “veinte por ciento” de la economía, es decir, tuvo las características de un “enclave” relativamente aislado del conjunto de las actividades productivas. Sin embargo, atrajo sobre sí misma la mayor parte de la energía y los esfuerzos nacionales. Simétricamente, el “ochenta por ciento” restante quedó al margen de las preocupaciones serias e incluso de la mirada de largo plazo del país, salvo por las necesidades derivadas de la política o de la atención asistencial.

3. El pequeño núcleo extractivo engranó con el conjunto de la sociedad a través del Estado. Éste se construyó “a medida” de la extracción de recursos y la distribución de las rentas que éstos generan. Por eso fue un Estado con verdadera importancia para el “veinte por ciento” de la sociedad; para el resto sólo funcionó como una vía de movilidad social y de captura de rentas. (Por ejemplo, en los años 80 la Comibol tenía 26 mil

empleados, lo que era mucho para ella, pero relativamente poco para el conjunto de la población; sin embargo, los maestros que se pagaban con las rentas mineras ya eran más: 40 mil; los militares hacían una cantidad parecida, y a ellos había que sumar a los salubristas, los funcionarios administrativos, etc.) Así, gradualmente, el patrón extractivista va cubriendo al conjunto de la sociedad, no necesariamente modelando a todos (no todos reproducen la misma mentalidad, pero no pueden, sin embargo, cambiar el patrón) pero sí definiendo el carácter principal de la organización económica. A veces su influencia es solamente negativa: impide el desarrollo de otras actividades no relacionadas, porque las aparta de la atención del Estado o les sustrae recursos —“enfermedad holandesa”.

4. Como la relación social predominante es la recolectora, entonces el Estado actúa como una suerte de “yacimientos”. Esto explica la *empleomanía*, que afecta a todas las capas sociales desde el mismo nacimiento de Bolivia (quizá en parte explica este nacimiento). Una de las caras de la empleomanía es la pulsión por nacionalizar los recursos naturales que agita constantemente la historia boliviana y que expresa, y algunas veces puede fugazmente contentar, el afán redistribucionista, pero carece por sí sola de dimensión creadora multiplicable y sostenible.

5. En general, en un país estructurado estatal y socialmente en función del eje productivo que representa la extracción de recursos naturales, que además no posee riqueza que no esté relacionada con estos recursos, el modelo extractivista contagia sus características a actividades que en condiciones normales serían sostenibles, como la agricultura, la silvicultura, las actividades públicas, la “consultoría” (la “opción consultora” de las clases medias y una cierta distancia desconfiada de la econo-

mía “real”), la asistencia social (el trabajo de las ONG), etc. El patrón es quizás por eso más redistribuidor que creador: interesa más la división de la veta minera, que pensar en fuentes adicionales de riqueza.

6. La economía extractivista o “economía de enclave” da lugar a un capitalismo político (algunos autores lo bautizan como “capitalismo de camarilla”), llamado así porque se basa en el control *no económico* del acceso a los recursos, las oportunidades y los canales de movilidad social. Como veremos, este tipo de control corresponde exactamente a una *sociedad estamentaria*. En ella, la cúpula, su entorno y sus adherentes, son los que tienen medios para beneficiarse más directamente de la riqueza social, lo que genera un constante malestar en el resto. La disputa, entonces, se produce en torno a quién puede llegar a formar parte de esa cúpula, con lo que también por esta causa disminuye la importancia de crear nueva riqueza.

7. La falta de desarrollo y diversificación económicos, así como el carácter extractivista del único capitalismo que conoce el país, impiden que la población se beneficie dinámicamente y con eficacia de la movilidad social y supere la precariedad de su vida. No es que no haya movilidad social en el país, sino que ésta no depende fundamentalmente de los esfuerzos personales, sino en buena parte de los acuerdos con el poder, político o económico. Como resultado, el mercado interno tiene un tamaño minúsculo, lo que, a su vez, impide la diversificación productiva y el desarrollo de relaciones económicas formales. Se trata de un círculo vicioso que condena al país al subdesarrollo.

8. Pese a ello, la economía ha ido diversificándose con los años y hoy es mucho más compleja y rica que la que había durante el auge del extrac-

tivismo (primeras décadas del siglo XX). Si las empresas grandes forman parte del mismo circuito económico que las plantas extractivas de recursos naturales, en cambio la PyME y la economía informal, compuesta de miles de microempresas, poseen un grado de independencia de la extracción de recursos que si bien hasta ahora no ha permitido procesos de desarrollo, puede hacerlo en el futuro. Incluso después de la nueva ampliación del Estado que se ha dado desde 2005, los grupos tradicionalmente ligados a éste no tienen la importancia de la que gozaban en los años 60 y 70 del siglo pasado. Tampoco es factible que se estatiquen los enormes sectores privados informales, pues las nuevas élites estatistas son un efecto de la emergencia de una nueva masa de propietarios pequeños y de profesionales, con la que está unida por una identidad cultural heredada (pero también en creación).

9. Este “ochenta por ciento” de la economía que tiene potencial de prescindir de la toma del Estado para sus fines, puede protagonizar procesos de acumulación y crecimiento que disminuyan la fuerza de las actividades extractivas y redistribuidoras. Si esto no se produce, Bolivia seguirá atrapada en la ilusión de la riqueza fácil proveniente de la naturaleza y, por tanto, se mantendrá en un esquema político, insostenible, de desarrollo, aunque de tiempo en tiempo sobrevengan olas de promesas, derivadas del mismo patrón, que ofrecen la panacea de la redistribución sin creación (o la creación de riqueza sólo como oferta para el futuro, pero sobre la base del mismo modelo extractivista).

La sociedad estamentaria

10. La característica más evidente de la sociedad boliviana es su condición estamentaria, es decir, no sólo segmentada por razones económi-

cas, sino también étnicas (raciales y culturales). En nuestro país la pertenencia a un estamento es a veces más determinante para la vida de cada individuo que su inclusión en determinada clase social.

11. Hasta 1952 y la Revolución Nacional, el estamento formado por los criollos y su entorno mestizo fue el que tuvo mejores condiciones para aprovechar las oportunidades económicas y políticas que ofrecía la sociedad, aunque el Estado amplió su base inclusiva y entró en modelos de pactos ampliados (antes de 1952 esos pactos también se daban, pero en 1952 el grado de autonomía de los subalternos aumentó vigorosamente). La pertenencia a los estamentos inferiores significaba un lastre para cualquier propósito de movilidad social. La “caída” del estamento superior al inferior se denominaba “encholamiento”, e incluso la izquierda (Carlos Medinaceli, por ejemplo) la veía como un proceso de decadencia.

12. Como resultado de esta división estamentaria, del fracaso de la Revolución para superarla del todo, y de la falta de un desarrollo económico suficiente para corregirla, hasta hoy el “veinte por ciento” de la población accede a las ventajas plenas de modernidad, está conectado con el mundo de modo permanente y es capaz de acumular capital bajo la forma de la empresa privada grande (o de otros modos), mientras que el “ochenta por ciento”, aunque con una creciente participación en los circuitos comerciales de los países vecinos y mostrando ya signos de acumulación, se encuentra menos conectado con el mundo y debe centrarse casi exclusivamente en lo local (esto, se verá, también tiene origen en su mentalidad).

13. Las relaciones de injusticia y exclusión que perduraron durante si-

glos generaron una gran desconfianza entre los de arriba (el “veinte por ciento”) y los de abajo (el “ochenta por ciento”). Se trata de algo más que la distancia que establece habitualmente la pobreza; en este caso, el sentido común de unos y otros sobre la irremontable situación nacional se origina en cómo se ven recíprocamente. Como veremos, unos les atribuyen a los otros, y viceversa, la culpabilidad del subdesarrollo y las desventuras del país.

a) La mentalidad del “ochenta por ciento”

14. Desde la perspectiva de los indígenas y los mestizos que forman el “ochenta por ciento” tradicional del país (perspectiva que también contribuyen a establecer elementos ligados al “veinte por ciento”, tales como la academia universitaria, los profesionales de izquierda y las ONG), nuestra historia es *una sucesión de derrotas*. La Colonia significó la pérdida de la vida tal como era antes (aunque no precisamente fuera un paraíso). La República cobijó la pérdida de la mitad del territorio nacional en diversas guerras con los vecinos. Finalmente, el imperialismo y las transnacionales se apropiaron de los recursos naturales bolivianos. Así es como el “sentido común” nacional llega a la equivalencia: *fuerzas extranjeras-élite-despojo*.

15. El miedo al despojo exige, como respuesta y revancha, el control estatal de la riqueza del país. Esta necesidad se ha expresado en la consigna más poderosa de la política boliviana: la de la “nacionalización de los recursos naturales” (que se agita desde el siglo XIX).

16. Para la mentalidad del “ochenta por ciento” el despojo reduce a Bolivia al papel de víctima. La historia ocurre en contra del país. Es pertinente la hipótesis de que la compasión que muestra la socie-

dad boliviana por las víctimas (los pobres, los perseguidos, etc.) resulta en el fondo compasión por ella misma. Otro aspecto de este mismo fenómeno es la tendencia a atribuir virtudes a los débiles, sólo por serlo. Al mismo tiempo, se responsabiliza del fracaso nacional a los fuertes, que en este caso son los extranjeros y sus aliados del “veinte por ciento”. Como resultado, tenemos que la mayoría de la gente culpa de su desdicha a “otros”, nunca a sí misma. (Esto ocurre también con la élite, aunque por motivaciones distintas). En general, la sociedad (el “cien por ciento”) se autocondemna, pero no se autocritica.

17. La ideología mayoritaria y más pujante a lo largo de la historia ha sido nacionalista, nacionalizadora y contra-elitista. En su aspecto positivo, ésta denuncia la débil constitución del Estado y su incapacidad para la defensa de los intereses nacionales. A la vez, impide conocer las verdaderas causas de que esto ocurra.

También ha existido un nacionalismo pro-élite, que se encarnó sobre todo en los gobiernos militares.

Ambos nacionalismos critican el *despojo* pasado para proponer la reorientación de la sociedad “hacia adentro”. Exaltan la identidad étnica o histórica, las tradiciones y la “patria”. Proponen un plan nacional para transformar las condiciones de despojo en que supuestamente vive el país, y para lograr el desarrollo endógeno, que, aunque bueno en sí mismo, muchas veces sólo sirve de coartada para que una nueva élite se apropie políticamente de la riqueza nacional.

18. El nacionalismo anti-elitista es más radical y se inclina a la xenofobia. Convierte al “veinte por ciento” de la población con vínculos con el mundo, en la “antinación”. El concepto de “antinación” supone que hay extranjeros en cuerpo y ex-

tranjeros *en alma*; que los objetivos de la élite no coinciden con los del resto de la población, sino con los de las potencias extranjeras o los intereses foráneos.

19. Este nacionalismo no es cooperativo e incluso tiende a ser despótico en contra de quienes considera, por su contribución al despojo transnacional, “enemigos de Bolivia”.

b) La mentalidad del “veinte por ciento”

20. Los bolivianos del “veinte por ciento” poseen valores diferentes de los del resto de la población. Intentan ser cosmopolitas y modernizadores. Se consideran occidentales y tratan de mostrarlo en sus hábitos, gestos y símbolos (aunque de todas formas, por el peso de la cultura local, éstos no son iguales a los europeos). Admiran a los países y las culturas extranjeras (y eso ocurre también entre quienes refuerzan la visión del “ochenta por ciento”, siempre al día de las modas políticas o académicas de los centros mundiales), lo que a veces se traduce en adulación a sus representantes en el país (las embajadas, la cooperación internacional, las transnacionales, los centros académicos). Su sector ilustrado tiene un ala que se considera con la misión de “civilizar” a los demás bolivianos, pues atribuye el fracaso del país a sus carencias intelectuales, y otra ala condescendiente y “rousseñiana”, emocionalmente identificada con la mentalidad y los infortunios del “ochenta por ciento”, pero igualmente implicada en la disputa política por la preeminencia para asignar recursos. Por supuesto, existen ex-

cepciones, por ejemplo los bolivianos desapegados de la política e interesados en la expansión de la base de riqueza o en la autodeterminación genuina del país, pero estas excepciones no cambian la tendencia general del “veinte por ciento”.

21. Esta élite parece haber sido marcada por la inseguridad de su inserción en la nación. Desde el principio tuvo una mentalidad extractiva, surgida de las minas que la trajeron aquí y también distancias culturales respecto a la mayoría del país. Uno de sus objetivos, entonces, ha sido acumular riqueza para mantener la opción de emigrar ulteriormente o, en cambio, vivir aquí como si no estuviese (en el exilio interior), a raíz de su divorcio idiosincrático del “ochenta por ciento”. Esto obedece también a una causa económica: la imposibilidad de diversificar la economía, por el peso del modelo extractivista, que ha concentrado la mayoría de las ganancias y oportunidades en el “veinte por ciento” moderno de la economía (el enclave). Un desarrollo autónomo de tipo capitalista parece inviable en las áreas de la economía que están lejos de los recursos naturales, por factores como las dificultades topográficas, la desarticulación orográfica del país, la heterogeneidad poblacional, etc. Pero el “exilio interior” de esta élite, que se expresa en la formación de guetos o condominios de uniformidad cultural en un país que no la tiene, también obedece a una causa cultural: su distancia, cuando no desdén (a veces su condena inconsciente), culpable o condescendiente, de la cultura, los hábitos, los *cuerpos* indígenas. En el ala disidente del “veinte por ciento”, esta distancia se muestra de otro mo-

Esta élite parece haber sido marcada por la inseguridad de su inserción en la nación. Desde el principio tuvo una mentalidad extractiva.

do, como incapacidad de juzgar a los débiles, los pobres y los indígenas como sujetos morales (capaces del bien y el mal), y en cambio sólo verlos como merecedores de compasión.

22. La falta de un mercado interno, de la que hemos hablado en el primer capítulo de este documento, influye en el hecho de que la élite sintonice mejor con el extranjero que con el interior. Finalmente, el “veinte por ciento” es el único segmento de la población que ha tenido intercambio cultural permanente con el mundo. Éste es el precio de la condición mediterránea y aislada de Bolivia, que la diferencia de otros países de la región. No sólo la élite: la población en general estuvo confinada dentro de las fronteras nacionales hasta mediados del siglo XX. De ahí que la visión del mundo que tenemos los bolivianos promedio sea mítica y extremadamente localista. Complementariamente, aquellos con recursos para aspirar a la globalización tienden a sobrevalorar lo que ven fuera del país. (Esta situación está cambiando por la emigración de millones de bolivianos de extracción campesina y popular. Todavía es temprano para predecir qué efectos tendrá este fenómeno en la mentalidad colectiva, aunque hasta ahora se ha traducido en la consolidación del pensamiento nacionalista, ya que la emigración es también un hecho trágico de “despojo”, aplicado a algo más importante que la riqueza natural: la propia familia).

23. Un factor crucial del comportamiento de la élite es la desconfianza respecto a los demás: al “ochenta por ciento”, claro, pero también a los elementos plebeyos o disidentes del “veinte por ciento” de la sociedad, que comparten con ella el mismo espacio productivo y valores parecidos. A unos y otros la élite los siente *extraños*. Además, ha recibido en herencia la experiencia de una larga y crónica guerra de clases y etnias.

Por eso siente miedo a ser echada del país o expropiada en cualquier momento. Entonces, normalmente exporta más capital del que invierte en el país y sus objetivos económicos tienen un carácter inmediatista. A diferencia de algunas de sus homólogas sudamericanas, la nuestra es una élite mayormente *aerófaga*. No profundiza sus raíces en el suelo nacional, se nutre por ósmosis de él, mientras que siente más afinidad con el extranjero, donde también hace negocios y encuentra más *semejantes*. No es una élite genuinamente nacionalista, como la que construyó los Estados nacionales europeos, aunque la Revolución Nacional fue un sacudón que pareció orientarla (efímeramente) en este sentido. Tampoco es una élite mestiza, basada en el sincretismo, como la que resultó de la Revolución Mexicana. Una vez más debemos llamar la atención sobre las excepciones: intelectuales, artistas y hombres de cultura que han dado a luz buena parte de lo que se podría considerar nacional pertenecen en general a este “veinte por ciento”, pero sin gravitar en la mentalidad de dicho colectivo.

24. Toda élite aerófaga resulta efímera e intercambiable. La élite boliviana no está arraigada (aunque la comodidad de su vida sea frecuentemente vista como condición de arraigo) en el territorio nacional. No cuenta con familias exitosas por tres o más generaciones. En cada etapa histórica desaparece y de sus cenizas debe levantarse otra, para comenzar de nuevo. No es raro, entonces, que sus intereses sean siempre los más básicos: extraer y enriquecerse, y que nunca llegue a madurar para atender sus deberes como dirigente de la sociedad. Incluso la élite cruceña, compuesta por empresarios agropecuarios, reproduce en parte esta condición extractiva y aerófaga. Lo prueba el tratamiento que muchos hacendados le dan a la tierra, que, en lugar de cuidar para las futuras generaciones, han de-

forestado y contaminado, y el que nunca se les pasara por la cabeza conducir ellos mismos la reforma agraria (en lugar de tener que sufrirla). Sin embargo, hay diferencias: la burguesía oriental es algo menos estamentaria y más clasista. Esto significa que le da mayor importancia al desempeño económico respecto al origen social (el cual sin embargo sigue siendo condicionante, por ejemplo para formar parte de las instituciones públicas regionales). La élite cruceña tiene raíces algo más visibles y por eso ejerce un mayor liderazgo social.

25. La constante renovación de la élite impide que acumule lo necesario para actuar estratégicamente. Nunca está en condiciones de asumir tareas culturales y políticas. Es, mayormente, una colección de fragmentos individuales o de pequeños grupos que no puede defender con éxito sus intereses de clase, que en general (salvando los casos salvables) muestra una invariable miopía respecto a sus propias necesidades históricas. Una muestra de ello está en que, desde hace décadas, la tarea tutelar más importante de cualquier élite, la educación, haya sido entregada a maestros radicales (trotskistas, etc.) o extranjeros (alemanes, franceses, españoles, etc.) Otro ejemplo sugerente es el hecho de que nuestra diplomacia siempre haya sido “chilenofila”, “peruanófila”, etc. (aunque haya habido singulares casos de talentos diplomáticos genuinamente nacionales). Pese a sus mejores condiciones de vida, la capa alta de la sociedad no pierde de vista la alternativa de emigrar y frecuentemente su ideología es “arguediana”: aún cree, en muchos casos, que Bolivia no funciona porque su pueblo está “enfermo”.

c) *El choque de mentalidades*

26. La élite prefiere los valores propios de las sociedades más ricas, como el individualismo, la libertad,

la neutralidad estatal, etc. Sin embargo, esta preferencia es muchas veces más teórica que práctica y se abandona cuando choca con sus intereses económicos, que no son liberales sino extractivistas y propios de un “capitalismo político” (parte de la élite ha recibido subsidios, protecciones especiales y empleos del Estado y se ha habituado a tenerlo cerca; de ahí el trauma actual). En cambio, el “ochenta por ciento” de la población tiene valores que corresponden a una sociedad pobre, en la cual la solidaridad y la reciprocidad son fundamentales para la supervivencia. En la práctica, estos valores se han deteriorado, pero todavía se proyectan fuertemente sobre la política como demanda de apoyo estatal. Se generan así dos fuerzas sociales antagónicas en Bolivia: una se orienta a la creación de riqueza, aunque paradójicamente termina reproduciendo la economía de enclave (si bien la composición de ésta no sea estable y dé lugar a una cierta movilidad social); la otra se orienta a su distribución, que puede resolver tensiones intergrupales, pero termina afianzando a nuevos actores con las mismas e inveteradas prácticas. Este antagonismo fundamenta la ingobernabilidad del país.

La sociedad trancada y los cambios actuales

27. La incompreensión, la desconfianza y las malas relaciones entre la élite y la mayoría de los bolivianos han taponado el camino del país hacia el desarrollo. Bolivia ha sido, sobre todo hasta 1952, una sociedad “trancada”, en la cual no era posible construir prosperidad para todos, sino sólo beneficiarios de los “enclaves”. Aunque se han hecho avances trascendentales en este tiempo, gracias a la Revolución Nacional y a la conquista de democracia, nuestra liberación completa de este destino exige que Bolivia deje de ser extractivista y estamentaria definitiva-

mente, y no sólo en los decretos o en las arengas. Para ello debe tener el coraje de verse a sí misma sin cómodas racionalizaciones o indulgentes mitos de culpabilidad.

28. Un paso fundamental en este sentido ha sido el ascenso de un aymara al poder, sin pergaminos para ser aceptado por el “veinte por ciento”, un aymara urbanizado, mestizado culturalmente y castellanoparlante, pero aymara, y del MAS, un partido mayoritariamente campesino y sindical, aunque vinculado al ala disidente del “veinte por ciento”. Esto ha desordenado la estructura jerárquica de la sociedad y ha constituido, de una forma imprevista, un medio para “destrabarla” (que se suma a otros anteriores como la reforma agraria, el voto universal y, más cerca de nosotros, la participación popular; sin embargo, es este último cambio de 2005 el que se nos presenta como el más dramático de todos, quizá porque somos sus contemporáneos).

29. La denuncia que Evo y otros líderes del “ochenta por ciento” (y del ala disidente del “veinte por ciento”) de la población hacen hoy de la sociedad estamentaria tiene, pese a sus exageraciones, un objetivo correcto y valioso para destrabar la sociedad boliviana. Es clave que ese “ochenta por ciento” que sólo se ha beneficiado tangencialmente del crecimiento reciba un mayor reconocimiento oficial, y también que cuente con espacios propios de gobierno (aunque esto perjudique la eficiencia estatal en la que cree el escandalizado “veinte por ciento”). Sin embargo, este esfuerzo estará destinado al fracaso si no se complementa con una reforma más sustancial: la transformación del “ochenta por ciento” de la economía, de modo que el restante “veinte por ciento” extractivista y globalizador (sin importar si se halla en manos del Estado o no) deje de ser lo único importante. De lo contra-

rio, el indianismo seguirá siendo la ideología oficial del Estado, al mismo tiempo que los niños indígenas continuarán pidiendo limosna de rodillas a la vera de las principales carreteras del occidente del país.

En otras palabras, la liberación de Bolivia de las ataduras estamentarias no se dará sólo por medios políticos. Requiere que el país acceda a un nivel mayor de desarrollo, en el que se aseguren condiciones de cierta igualdad entre todos los bolivianos. Es cuestión de modelo y también de animarse a conocer, de no temer poner en entredicho las ideas acariciadas sobre las causas de los males nacionales y de confrontarlas sin preconcepciones con otras explicaciones posibles o verificables.

30. Una de las condiciones para que el progreso abarque a toda la sociedad es que el Estado deje de estar exclusivamente concentrado en el “veinte por ciento” moderno y ligado a los recursos naturales y la exportación de bienes al mundo. Esta miopía ha actuado antes y sigue activa ahora mismo. La única posibilidad que el país tiene consiste en reorientar los esfuerzos sociales y estatales al restante “ochenta por ciento”, y apostar a los sectores más ligados al mercado interno, más “endógenos” y por tanto más capaces de un desarrollo sostenible. En otras palabras, se debe abandonar el paradigma del desarrollo “hacia afuera” que predominó en los años noventa y concentrar los esfuerzos en la ampliación del mercado interno, el fomento de los microemprendimientos y la tecnificación de los eslabones inferiores de las cadenas productivas. (Esto no significa, como veremos, darle la espalda a los sectores exportadores y basados en los recursos naturales).

En apariencia se trata del programa económico del MAS. Sin embargo, hasta ahora éste se ha quedado en la retórica; mientras que se ve un anacrónico desdén oficial por los esfuer-

zos que no sean políticamente correctos para la ideología gubernamental. En los hechos, el gobierno del MAS, como los anteriores a él, está casi exclusivamente dedicado a controlar y administrar el “veinte por ciento” moderno de la economía. Las principales inversiones se han dado en la reestatización de las grandes empresas que en el pasado pertenecieron al Estado. Las esperanzas de los planificadores estatales residen en el núcleo extractivista que sigue alimentando al país. Y, por razones políticas, las autoridades mantienen una actitud entre escéptica y hostil hacia las organizaciones económicas campesinas y otras iniciativas de acumulación económica en el campo.

31. Por otra parte, el MAS considera la relación entre el sector exportador y el mercado interno como un juego de suma cero: es decir, el primero debe perder para que el segundo florezca. Esto es completamente falso. Más bien estamos ante dos dimensiones de un mismo proceso de despliegue de las potencialidades naturales y humanas de nuestra sociedad. La producción interna creará las bases necesarias para la aparición de negocios con capacidad de triunfar en la esfera internacional. A la inversa, el mercado internacional puede actuar como un “anzuelo” para que los productores nacionales mejoren su tamaño y competitividad. Por tanto, ocuparse prioritariamente del “ochenta por ciento” no significa dejar de lado, olvidar ni mucho menos combatir la economía moderna y globalizada. Tampoco a la élite que opera en ella, que si viera con lucidez, encontraría aquí un espacio para dotarse de raíces que la emancipen de su aerofagia. Se trata más bien de llegar a un acuerdo, en una lógica de suma positiva (“ganar-ganar”).

32. Al limitarse una vez más al modelo extractivo y al depositar todas sus esperanzas en el Estado, el MAS no está cambiando fundamen-

talmente las condiciones de vida de nuestro país; al contrario, las está reproduciendo. La verdadera alternativa no está en retomar el rumbo económico que ya se intentó durante el siglo pasado y que nos condujo a una catástrofe. Tampoco en ignorar las razones que llevan a la mayoría a orientarse una y otra vez en ese rumbo, como se hizo en los años noventa. El nacionalismo, el estatismo y la suposición de que los débiles son más virtuosos que los fuertes constituyen los “dioses” del “ochenta por ciento” de los bolivianos. No se trata de quemar esos dioses —como quiso hacer el neoliberalismo, con resultados nefastos—, sino de mostrar que no pueden hacer milagros. Por tanto, de alcanzar acuerdos generales que no desdienten las limitaciones políticas pero para los que la política no sea el alfa y el omega.

33. El peor peligro que entraña el actual proceso político es la suposición de que la posición ideológica del “ochenta por ciento” es la única verdadera, es infalible y, por tanto, a los demás sólo les queda sumarse a ella. En un contexto así, la lucha por la democracia y el pluralismo ideológico y económico tiene el sentido de evitar que la sociedad detecte a tiempo errores que pueden ser muy costosos y causarnos grandes dolores. El pensamiento único lleva necesariamente al fracaso histórico. La defensa de este principio en ningún caso debe adoptar la forma de una reivindicación de la sociedad estamentaria, extractivista, mediocre, opresiva, cerrada y anticompetitiva del pasado. No se trata de reñir por palabras, pero sí de evitar que la sociedad pierda de vista que todas las ideas en juego tienen derecho a competir y que ninguna puede atribuirse una superioridad sustantiva.

34. La lucha contra los errores del “evismo” debe ser parte de la lucha contra la sociedad extractivista y estamentaria, y por el desarrollo

diversificado, ampliado y popular de la economía nacional. Insistimos: no se trata de parapetarse tras los beneficios, legítimos o no, de los que ha gozado buena parte del “veinte por ciento”. La élite (incluso su ala disidente) no está llamada a “civilizar” a quienes no comprenden las ventajas de la sociedad tal como funcionaba en los años noventa, porque éstas eran ventajas ilusorias (o, mejor dicho, sólo resultaban reales para la propia élite) y son también, a su modo, una utopía (en el sentido ingenuo de la palabra), igual a la que se pretende combatir en nombre del realismo.

La élite antigua, la élite nueva y la élite posible

35. El país podría beneficiarse de la élite “antigua” para continuar desarrollándose, si ésta es capaz de reformarse y el “ochenta por ciento”, y el ala disidente del “veinte por ciento”, desearan realmente resolver los dilemas de largo plazo del país, aprendiendo de su historia. No sería sensato simplemente prescindir de la acumulación económica, cultural y técnica que la élite “antigua” ha logrado, para comenzar todo de nuevo. Esto rezagaría al país por décadas o, visto con criterio utilitario, lo privaría de un instrumento que sencillamente puede usar. Todo intento de eliminación (en lugar de la reforma profunda) de la élite existente debe rechazarse como antidemocrático y, en último término, reaccionario.

36. La élite anterior tiene que volver a encontrar un lugar en el país. Debe cambiar, para merecer la responsabilidad de ser élite (aunque, como veremos, ya no podrá monopolizar esta posición). Como primer paso, es necesario que reconozca su culpabilidad por los fracasos del pasado, pero sobre todo su responsabilidad en la transformación del futuro. Debe abandonar toda pretensión civiliza-

dora y comenzar a aprender de su historia y sus experiencias. Debe mantener un ojo en el mundo, pero girar el otro hacia el interior, hacia su propia realidad. Debe comenzar a educar a sus hijos y, en general, a las nuevas generaciones, en una atmósfera genuinamente nacional. Debe asumir sus responsabilidades ideológicas, políticas y culturales. Debe reconquistar su derecho a compartir la dirección del país, comenzando por comprometerse del todo con su suerte. Se trata de un sector “boliviano en sí”, que ahora debe convertirse en “boliviano para sí”. (El mismo proceso que ya ha vivido la élite cruceña, pero que, por ser limitadamente regional, no ha podido convertirla en una alternativa para el país y ni siquiera para su propia región. Hoy la tarea de la élite cruceña consiste en superar el discurso regionalista, en la medida en que éste siga siendo estamentario, excluyente y antiindígena).

37. Los procesos subterráneos que han desatado los cambios demográficos, la diversificación económica ocurrida al margen de los recursos naturales y, últimamente, el neoestatismo y el recambio de dirigencias en el aparato público, están generando una nueva élite ante nuestros mismos ojos. Ésta parece ser la combinación de una burguesía informal que proviene de los estamentos bajos y de la capa de funcionarios que se potencia o, sensiblemente, se enriquece en el poder. ¿Cuál será el comportamiento histórico de esta nueva élite? No lo sabemos. La posibilidad de que reproduzca la condición “aerófaga” de sus antecesoras no puede descartarse: al fin y al cabo, la trayectoria de otra élite “advenediza” y de origen parcialmente popular, la que creó la Revolución Nacional, no fue diferente. La élite emergente tiene, sin embargo, condiciones culturales y étnicas que la hace más natural para el “ochenta por ciento”, pero eso no garantiza mucho, como quieren los

ideólogos del “evismo”, si el patrón de reproducción del poder y la riqueza, y la mentalidad, se preservan intactos. El “ochenta por ciento” debe ver más allá de aquello que lo instala en una explicación estereotipada de las causas de los males nacionales. Inversamente, el contacto que tiene la élite emergente con el “ochenta por ciento” puede servir para cimentar su liderazgo nacional, a condición de que realice su propia reforma y acepte nociones que serán necesarias en el futuro, aunque el impensado triunfo permita soslayarlas por el momento.

La élite emergente de hoy tiene cierta posibilidad de eludir el destino de las que le precedieron (si el ala disidente del “veinte por ciento” se anima a ayudarla en el liderazgo y no se dedica tan sólo a *juquear* su victoria política) —o por lo menos lo puede hacer uno de sus sectores, el que se asienta en la economía informal—. La informalidad, como hemos dicho, no depende de los recursos naturales, y esto la distancia hasta cierto punto de la política: esto puede concederle cierta estabilidad al grupo dirigente que está generando. No obstante, hay que considerar que todavía se halla en niveles muy bajos de acumulación económica, lo que confiere a este grupo una cierta irrealidad. Tampoco se puede ignorar que su lejanía del Estado a veces significa un estado de paralegalidad, cuando no de franca ilegalidad, lo que tampoco permite que pueda cumplir adecuadamente tareas políticas y culturales, sin las cuales una élite no puede perdurar.

En suma, puede decirse, epigramáticamente, que el futuro de la nueva élite se encuentra indisolublemente asociado a que haya o no un avance en ese “ochenta por ciento” de la economía del cual ella ha surgido.

38. La élite emergente tiene que someterse a la misma reforma intelectual y ética que constituye una ta-

rea impostergable de la élite “antigua”. En su caso debe ser capaz de hacerse una autocrítica, dejar atrás los hábitos extractivistas (defraudación de impuestos, explotación laboral, contrabando, etc.) y desarrollar una relación cooperativa con la otra élite, abandonando la ideología de los juegos de suma cero.

39. La reforma de ambas élites significa, por tanto, hacer una mixtura (sobre todo intelectual y moral, pues no es un tema de representación, de cuotas o de la suerte de individuos) entre ellas, con el propósito de conformar una *nueva clase dirigente intercultural*, que tendrá sus disensos y diferencias internas, pero al menos compartirá ideas centrales comunes, capaces de permitir la concertación de las condiciones básicas del futuro nacional. Un movimiento que formará parte y será indistinguible del proceso de desarrollo del país (o, lo que es lo mismo: del “ochenta por ciento” menos vinculado a los sectores más dinámicos de la economía, que así podrá vincularse al “veinte por ciento” moderno, estatal o no, de la economía). Sin embargo: cuidado. Esto no implica ni exige que se abandonen las críticas fundadas y necesarias al estatismo y el autoritarismo del programa masista, que no es el adecuado para lograr el progreso deseado, entre otras cosas porque también obedece a modas y se resiste a sacar experiencias de la historia nacional, negándola o reconstruyéndola a su semejanza. Tampoco se necesita para ello arriar las banderas del pluralismo político y la libertad; todo lo contrario, estos valores deben ser apropiados por la élite emergente, lo que no es imposible. No estamos condenados a elegir de modo absoluto y radical entre libertad e igualdad, sino a construir compromisos. En conclusión, lo que se requiere es algo mucho más valiente y profundo: repudiar la sociedad estamentaria, con todos sus terribles males. ▽